

Este fue el último tercio de la batalla de Lepanto: *la mayor jornada que vieron los siglos*, según asegura un testigo y actor que derramó en ella su sangre: Miguel de Cervantes Saavedra.

Eran entonces las cinco de la tarde del 7 de Octubre de 1571.

LUIS COLOMA, S. J.

(De *Jeromín*).

## GALERIA DE HIJOS DEL COLEGIO

### Francisco de Paula Torres

El 16 del corriente mes de Setiembre va á completarse un siglo del nacimiento del señor doctor FRANCISCO DE PAULA TORRES, dechado de probidad, de lealtad caballeresca, de incontrastable fe religiosa, del más acendrado patriotismo, de mansa firmeza en sus convicciones políticas. Mucho más de lo que consignaremos en estas líneas pudiéramos y quisiéramos decir; pero nos obliga á ser sobrios el temor de que se nos tilde de parcialidad, hija del profundo cariño filial.

La vida de TORRES fue una continua lucha para subsistir honrada pero modestamente, para hacer el bien sin tener en cuenta ni la ingratitud, ni la maledicencia, ni el egoísmo ajeno, que suelen ser la herencia de los que procuran hacer el bien á sus semejantes.

Nadie, hasta hoy, ha escrito su biografía, aunque se han publicado en diferentes épocas rasgos brillantes de su vida pública, trazados por plumas bien tajadas. No es extraño, pues, que uno de sus hijos acometa con temor aquella empresa, advirtiéndole que si omite muchas acciones distinguidas de la vida del padre muy querido, consiste en que él siempre ocultaba sus cualidades hasta á los ojos de su familia bajo el espeso velo de la humildad; tenía en nada su fama: todos sus esfuerzos los refería á Dios, en

quien creía y á quien adoraba; á la Patria, por cuya honra y felicidad estaba siempre pronto á sacrificarlo todo; al bien del prójimo hasta exponer su vida para salvar la de sus semejantes, como sucedió con un individuo, de cuya boca lo supimos; y á los menesterosos, con quienes partía cariñosamente su pan. Sobre su conducta como militar, citaremos las palabras escritas por una de las plumas mencionadas arriba: "No tuvo para los vencidos sino actos de generosidad é hidalguía, que era lo que brotaba de su noble corazón. Por esto el doctor TORRES, entusiasta y fervoroso miembro del Partido Conservador desde su juventud, contaba siempre, entre sus adversarios, fieles y agradecidos amigos."

Pudiérase demostrar el anterior aserto, citando los de los señores Florentino González, Francisco J. Zaldúa, Ezequiel Rojas, Valerio Francisco Barriga, Manuel Ancizar, Rafael Eliseo Santander, Salvador Camacho Roldán, José María Samper y otros muchos liberales distinguidos, de quienes recibió verdaderas pruebas de la más sincera amistad. Si de sus adversarios políticos alcanzó palpables muestras de aprecio, tuvo que obtenerlas naturalmente de sus copartidarios, como Rafael Alvarez Lozano, General Juan María Gómez, General Joaquín Barriga, General Pedro Alcántara Herrán, y su dignísimo hermano, el señor Arzobispo, Generales Francisco de Paula Diago, Emigdio Briceño, los Arjonas, Julio Arboleda, Francisco Zarama, José de Jesús Moreno; los doctores Rufino Cuervo, Miguel Chiari, Ignacio Ospina, Ignacio Gutiérrez, etc.

TORRES nació en la "Ciudad de los Reyes del Valle de Upar" el 16 de Setiembre de 1808. Fueron sus padres legítimos, el señor don Antonio Torres y Díaz Granados, natural y vecino de Santa Marta, quien se había educado y graduado de doctor en Jurisprudencia en la capital del Virreinato de Santafé, en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el cual fue colegial formal conforme á su noble alcurnia. Entre sus parientes se contaban, el doctor Miguel Díaz Granados, su tío, prócer y mártir de la

Independencia, é individuo de una de las familias más ilustres de nuestra Costa Atlántica, y su primo hermano, el héroe de Bomboná, General Pedro León Torres. Fue su madre la señora María Luisa Medina y Urrutia, hija legítima de don Apolinar Medina, Teniente General del Real Ejército, quien con su esposa la señora Magdalena Urrutia vino de España como empleado á la ciudad de la Habana, en donde nació su precitada hija, á quien trajeron, niña todavía, á la de Riohacha, adonde vino Medina de Gobernador, para pasar después con el mismo destino á Santa Marta. Allí enviudó y, dejando casada á su hija, regresó á su Patria.

Al pisar los umbrales de la juventud, don FRANCISCO DE PAULA TORRES fue enviado por su padre á Jamaica por asuntos de comercio, profesión á la cual quería inclinarlo, y para la que poquísimas aficiones tenía. Despemeñó, sin embargo, su cometido con tal tino y actividad, que dejó plenamente satisfecho á su padre. En aquella isla contrajo relaciones de amistad con el joven bogotano don Francisco Pardo y Pardo, miembro de una familia distinguida, amistad que vino á influir en la futura suerte de TORRES. Vuelto á Santamarta le suplicó á su padre que lo enviara á Bogotá á estudiar, porque él deseaba ganar el título de doctor en alguna facultad. Obtenido el anhelado permiso, se trasladó á la capital; ingresó al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario como colegial de número ó de beca. Hechos los estudios de humanidades, y obtenidos los grados de bachiller y licenciado, presentó su tesis, trabajo concienzudo y bien elaborado, y después de los exámenes finales le expidieron el correspondiente título de doctor en Jurisprudencia, y fue recibido como abogado.

Ejerció su profesión no por negocio, pues era muy desinteresado, sino por defender á las viudas, á los huérfanos menores y á los pobres, y se consagró á enseñar como catedrático en los colegios varias materias, y especialmente el Derecho Internacional, en el cual era muy versado.

En aquel tiempo, á causa de su amistad con el señor Francisco Pardo y Pardo, contrajo relaciones con la familia del distinguido médico doctor Juan María Pardo y Pardo, hijo del interesante patriota y prócer de la Independencia, don Manuel Pardo y Otálora, y esposo de la señora doña María Tadea Alvarez y Lozano, hija del prócer don Manuel de Bernardo Alvarez y Casal y de la señora María J. Lozano, hija del Marqués de San Jorge; y luego contrajo matrimonio con una de las hijas de éstos, la señorita María Manuela. TORRES, casado con una joven encantadora y espiritual, disfrutando de las comodidades que le proporcionaba la riqueza de su padre, que en aquellos tiempos era de consideración, gozando de los beneficios de la paz que entonces reinaba, pudo dedicarse á la literatura y especialmente á la poesía, á la cual era muy aficionado. Escribió tres dramas en verso, cuyos títulos son: *Los Natchez*, asunto tomado de la obra de Chateaubriand, *Gonzalo* y *El Conde Don Julián*, y otro que dejó sin concluir. Los tres primeros fueron representados en el teatro por una compañía extranjera, y según el dicho de personas competentes que los vieron, fueron muy aplaudidos. Estas obras permanecen aún inéditas. Escribió, además, varias poesías sueltas: unas fueron publicadas y las otras desaparecieron en el saqueo que se verificó en su casa por las tropas de Mosquera el 18 y 19 de Julio de 1861.

A mediados de 1839, densos nubarrones precursores de una horrible tempestad oscurecían el cielo de la Patria. Sordos rumores revolucionarios intranquilizaban los espíritus y paralizaban los negocios. TORRES, presintiendo un peligro próximo para la Nación, dejó la pluma y los negocios, y se puso á órdenes del Gobierno legítimo, resuelto á sacrificar por la Patria, hogar, fortuna y hasta la propia vida. Nombrado Gobernador de Pamplona, partió inmediatamente á desempeñar ese destino tan importante como delicado, animado de los mejores propósitos; pero fue á dar en medio de los revolucionarios encubiertos. En vano, con su carácter benévolo, tolerante y conciliador, pretendió

aplacar los ánimos exaltados; en vano se propuso abrir caminos, fomentar la instrucción y llevar á cabo otras obras necesarias para el progreso de la Provincia. Pero, ¿qué habría podido conseguir, si la revolución es un monstruo sediento de sangre, que destruye á su paso las obras de muchos años y de muchos siglos, que devora en un instante las economías del trabajo, que deja por dondequiera ruinas, odios y venganzas y que con nada se satisface? Agotó cuantos medios estuvieron á su alcance para aplacar las pasiones ciegas. Reunió la Cámara Provincial como último recurso para conjurar el peligro, pero la mayoría de ella, que era conspiradora, se declaró contra el Gobierno legítimo, lo mismo que los empleados públicos. TORRES, indefenso, solo, rodeado de enemigos armados, se levantó y protestó enérgicamente contra el hecho consumado. En medio del furor de los conspiradores, pudo escapar auxiliado por los Sres. Miguel Peralta y Gabriel García Peralta. Llegó prófugo á La Concepción, en donde fue reducido á prisión, de la cual lo sacó el caritativo párroco doctor Pío Ortega; llegó á Capitanejo, donde, sin la intervención del sacerdote doctor Nepomuceno Azuero, quien si no era revolucionario era desafecto al Gobierno, habría sido reducido á prisión.

Entre tanto un ejército revolucionario considerable, á las órdenes del Coronel Manuel González, que, siendo Gobernador de la Provincia del Socorro, se pronunció á favor de la revolución, marchaba á Bogotá, que estaba casi indefensa, á la cual había amenazado con que si no aceptaba las condiciones humillantes que antes había propuesto al Gobierno, la atacaría y la entregaría á merced de 300 llaneros, venezolanos en su mayor parte, que debían pronto incorporársele. Pero dejemos que pinte este cuadro el General Posada en sus Memorias histórico-políticas (páginas 160 y 161):

“Un héroe sin rival entre los granadinos monta á caballo, empuña su lanza, que ilustró como bravo entre los bravos en la guerra heroica de la Independencia; corre las

calles, llama á los ciudadanos á las armas, se encara á los opositoristas y los amenaza y los espanta. A tan inesperada novedad, que circula de boca en boca, la población en masa se conmueve y se agrupa al rededor del héroe que enérgico la arenga. Su gallarda estatura, su gentil continente, sus grandes ojos negros que relampaguean, su vibrante voz, todo impresiona, todo reanima, todo exalta, y el entusiasmo estalla.... era el Coronel Juan José Neira.”

Neira, con menos de 400 hombres, pártese al encuentro del enemigo que acampaba en la Sabana. Oigamos cómo describe Posada la batalla:

“El día 28 de Octubre (1840), como á las ocho de la mañana, se encontró Neira en el callejón de La Culebrera, en la hacienda de Buenavista, frente á frente de la Columna enemiga que buscaba, fuerte de unos 800 hombres, los más de caballería, mandada por el Coronel Juan José Reyes Patria y el Comandante Antonio Samper, ambos militares de fama como valientes y benemérito en el Ejército de la Independencia. Las dos fuerzas se paran al verse, se miden en una rápida ojeada, y en tan solemne momento, en que el hombre más valiente se inmuta y palidece, da Neira el grito de ¡á la carga!, ¡á la carga! ¡A la carga!, responden los enemigos y se precipitan unos contra otros como si se odiaran, y las lanzas se cruzan y la sangre hermana y amiga de antiguos conmitones empapa el suelo.... Neira es gravemente herido, pero se mantiene á caballo y sigue combatiendo; los 70 milicianos de infantería habían sido rodeados, batidos y hechos prisioneros. El Comandante Samper, creyendo llegada la hora de decidir la lid terrible, se precipita sobre el grueso de nuestras tropas; pero una lanzada que le atraviesa el pecho lo detiene, y vacila, y cae, y muere. Esto bastó para que la victoria se declarara en favor de los defensores del Gobierno. El enemigo huye desbandado, dejando en el campo más de cien muertos, algunos heridos y muchos prisioneros. Nuestro pequeño ejército sufrió también considerables pérdidas.”

“En aquella gloriosa jornada, de que se honrarían los más afamados guerreros de la Historia, se salvó la República.”

TORRES supo en el camino aquel glorioso triunfo, y mucho se apenó de no haberse hallado en el combate. Llegó á Bogotá y se incorporó inmediatamente en las fuerzas que el Gobierno mandó, con el eminente General Joaquín Barriga, á combatir en el Sar á Obando y á los temibles y astutos guerrilleros de Pasto; hizo entonces la cruda campaña de 1841 y 1842 en las abruptas y escarpadas breñas defendidas por los valientes y activísimos pastusos, que peleaban contra sus mismas opiniones, engañados por los revolucionarios. Cruda fue aquella campaña en que de noche y de día los enemigos del Gobierno, ocultos entre los riscos, hacían fuego á mansalva sobre los legitimistas, y al verse perseguidos desaparecían por sendas sólo de ellos conocidas, y aparecían más adelante haciendo fuego. En estos combates parciales, TORRES tuvo la inmensa pena de perder á su valiente y pundonoroso hermano Apolinar, quien combatiendo en las mismas filas pero á gran distancia de él, luchó como un valiente militar y cayó acribillado á balazos.

Terminada la guerra fue nombrado Gobernador de Popayán, Provincia en la cual había algunos partidarios de la Revolución, en donde tuvo ocasión de probar que si en Pamplona como vencido no cejó ante las amenazas de un enemigo que pudo hacerle todo el daño posible, en su nueva Gobernación, como vencedor, lejos de prevalerse del triunfo para vengarse tendió su mano al vencido, con quien observó una conducta benévola y conciliadora, conducta que le atrajo no sólo el respeto y admiración, sino la gratitud de aquella noble é ilustre ciudad.

Nombrado Representante para el Congreso de 1845, regresó á Bogotá donde su familia lo esperaba, después de una larga y peligrosa ausencia, con los brazos abiertos. Como legislador se sostuvo á la altura que su deber reclamaba; no contemporizó con nada que fuera contrario al ca-

non de sus principios políticos y religiosos ni á la augusta majestad de la República. Siempre se expresó con elocuencia, pues tenía arrogante figura, instrucción y buena voz.

En 1849 volvió á ser electo Representante, pero sus adversarios hicieron nula su elección, alegando que habiendo otro Francisco Torres, no se sabía cuál era el nombrado legítimamente. Es claro que no podía ser el otro Torres el electo, porque era un hombre oscuro que no había figurado en la política. Pero el hecho, aunque produjo escándalo, se verificó.

En 1849 fue nombrado Contador del “Tribunal ó Corte de Cuentas,” destino que desempeñó con la integridad que le era característica hasta el año de 1849, en que el Gobierno del General López removi6 muchos empleados que eran de opinión contraria á la suya, como al ilustre D. José Eusebio Caro, TORRES y otros. Tal vez ocasionó esto el hecho siguiente: El 7 de Marzo de 1849 se reunió el Congreso para perfeccionar la elección del Presidente de la República en la iglesia de Santo Domingo; los conservadores, aunque divididos, tenían la mayoría. Los liberales, que querían á todo trance que triunfara su candidato, se agolparon amenazantes al rededor de los Diputados.

“Al principiar el tumulto se oyó la voz del Sr. Juan Antonio Pardo, que pedía la palabra indignado. Mientras algunos alborotadores, de los que estaban armados, por encima de los asientos, parecían dirigirse á él. Pardo, después de una valiente protesta, escribió en su boleta: ‘Voto por Cuervo, aunque se asesine al Congreso.’ (Véase *El Orden* número 489). Al sentarse Pardo, uno de los del tumulto quiso lanzarse sobre él, con visible intención de clavarle un puñal. TORRES se lanzó sobre el asesino, le detuvo del brazo y le dijo: ‘Para que usted pueda asesinar á Pardo ó á cualquier Diputado tiene que pasar por sobre mi cadáver.’ Esta enérgica actitud de TORRES evitó que se cometieran asesinatos” (1).

(1) Posada. *Obra citada.*

Depuesto TORRES, que no sabía economizar, quedó reducido á la pobreza. Sus dineros se habían ido en viajes, en campañas, en socorrer á los menesterosos, en auxiliar á los artesanos conservadores. Sin embargo, socorrió en lo que pudo á los Jesuítas cuando fueron expulsados. Varias cartas de gratitud dirigidas por los padres expulsos confirman lo expuesto.

TORRES improbó la revolución conservadora de 1851, revolución provocada por el Gobierno con la persecución religiosa, porque él profesaba el principio de no rebelarse contra un Gobierno legítimo; y el del General López lo era con votos conservadores.

El año de 1853 subió á la silla Presidencial el General José María Obando; amainó la persecución religiosa, hubo más tolerancia, y varios conservadores fueron llamados á ocupar puestos públicos. TORRES fue nombrado Juez del Crimen en Bogotá. En este empleo, cumpliendo con su deber, sin reparar en las consecuencias que pudiera traerle su recto proceder, dictó el sábado 8 de Abril de 1854 auto de proceder contra el General José María Melo, Comandante General del Ejército de la República, por el asesinato que éste había cometido en la persona del cabo Quirós. Como entonces el Poder Judicial tenía vacaciones en la Semana Santa, el auto no podía tener efecto hasta el lunes de pascua. Melo, que hacía parte de una conspiración que debía estallar después, para eludir el juicio que se le iniciaba, dio el golpe el 17 de Abril de 1854. Esta revolución tenía por objeto aplastar al partido gólgota, que pretendía eliminar hasta el Ejército permanente. Al amanecer, pues, el aludido lunes de pascua, la población se sorprendió al oír los cañonazos que se disparaban en la plaza de Bolívar. Al salir el sol se supo que se declaraba insubsistente la Constitución y que Melo asumía el mando como Dictador encargado del Gobierno Provisorio, y que el General Obando quedaba preso en su Palacio.

El 16 por la noche, una partida de democráticos armados se acercaron á la casa de TORRES con el objeto de po-

nerlo preso, lo que hubieran verificado si el sereno, que lo apreciaba, no les hubiera dicho que ya se había escapado y que era inútil que lo buscaran.

Los conservadores que habían recibido ultrajes del Dictador en el Claustro de San Juan de Dios, adonde los había convocado, resolvieron salirse de la ciudad para hacerle guerra hasta vencerlo. Los gólgotas también habían salido á engrosar sus filas. TORRES, que andaba de escondite en escondite, pudo penerse de acuerdo con su cuñado el doctor Juan Antonio Pardo, el General Ramón Espina y otros, para evadirse de la capital, tomar la vía de Fusagasugá y llegar al campamento de los constitucionales al otro lado del Magdalena. Melo tuvo noticia de su fuga y mandó en su alcance un piquete de caballería. Como los prófugos, iban en malos caballos y por atajos; al través de las ramas de los árboles alcanzaron á divisar á sus perseguidores; con mucho sigilo se ocultaron entre ásperos y altos matorrales, desde donde oían las palabras de los soldados y el ruido de los corceles que pasaban cerca de ellos. Al cabo de dos días de cansancio y de hambre, viendo despejado el camino, siguieron á la ribera del Magdalena, dominada por las tropas legitimistas. Llegaron á Ambalema, allí se despidió Pardo de sus amigos y siguió para Ibagué, donde debía continuar sus sesiones el Congreso; Espina se reunió con el General Mosquera, quien, con su acostumbrada actividad, estaba reuniendo fuerzas y recursos para obrar contra Melo. TORRES marchó á la Costa como Jefe de Estado Mayor de la Columna que á órdenes del General Joaquín Posada iba á debelar á los revolucionarios de la Ciénaga que se habían pronunciado á favor de Melo.

En esa campaña tuvo poco que sufrir, pues la revolución fue fácilmente vencida, y además tuvo la dicha de volver á los lugares que había recorrido en su niñez, edad en la cual se ve todo bello al través de un prisma. Allí, con el objeto de conservar el orden público, permaneció hasta Enero de 1855, en que regresó á Bogotá, y continuó por algún tiempo en el servicio militar.

Muchos partidarios de la revolución vencida, que estaban furiosos contra Obando porque creían firmemente que se había vendido, le propusieron á TORRES que cuando estuviera de Jefe de Día les permitiera entrar á la prisión para asesinarlo. TORRES, al verse ultrajado de esa manera, exclamó indignado: "Si han creído que yo me valga de mi puesto y mis funciones para ejercer venganzas personales sobre prisioneros inermes, se han equivocado groseramente. Por lo mismo que tengo cuentas con Obando, su vida correrá parejas con la mía, y estará más segura en tanto que yo pueda defenderla."

Pacificada la República, TORRES se retiró á la vida privada. En 1857 trabajó sin descanso por la candidatura del doctor Mariano Ospina para la Presidencia de la República: entusiasmaba á sus amigos con sus discursos; escribía á diferentes provincias y no se daba un punto de descanso, pues se llevaba la máxima de que se debe elegir á hombres honrados, competentes y amantes del verdadero progreso del país. Triunfó su candidato, pero quedó agraviado su rival, el General Mosquera. Durante la Administración Ospina fue electo nuevamente Contador de la Corte de Cuentas, destino que desempeñó con tino é integridad hasta el año de 1860, en que habiendo estallado una revolución encabezada por el General Mosquera, lo renunció, y ofreció sus servicios al Gobierno. Dejando á sus hijos huérfanos de madre, confiados á la Divina Providencia, partió á la campaña del Norte con el General Pedro A. Herrán, Jefe de Operaciones, como Jefe de Estado Mayor del Ejército. Estuvo en los combates de Galán ó Agua Dulce, en donde salvó de la muerte ó de caer prisionero al citado General; y en el del Oratorio, sitio muy bien defendido por valientes revolucionarios, y en el cual, después de un combate encarnizado, quedaron vencidos completamente. TORRES trató é hizo tratar á los numerosos prisioneros con toda la hidalguía que cumple á un caballero cristiano, lo que le atrajo la estimación de muchos liberales, como lo certificaron plumas amigas. A aquellos individuos á quie-

nes les causaba extrañeza semejante conducta les respondió: "Siempre he contribuído y contribuiré á vencerlos; pero jamás á ultrajarlos y menos á exterminarlos."

Después del triunfo del Oratorio, se embarcó en la *flotilla* que, á órdenes del General Emigdio Briceño, debía bajar por el Magdalena para obrar sobre la Costa, compuesta de tropas llevadas del interior. Aquella armada fue diezmada por la fiebre amarilla, por los combates con el enemigo. A diez esqueletos quedó reducida aquella malhadada expedición. TORRES, que era uno de ellos, fue arrojado como prisionero á la centina del buque, en donde sin alimentos, sin medicinas y sin lecho hubiera perecido miserablemente, si providencialmente no se hubiera embarcado en la misma nave el ilustrado y caritativo médico extranjero doctor Fergusson, quien despreciando el contagio se dedicó á salvarlo suministrándole medicamentos y sustento y prodigándole todos los cuidados de un verdadero amigo. En estado de convalecencia pudo desembarcar, y emprender con mucha lentitud la marcha por sendas escabrosas que conducen á Ocaña, en cuyo clima benigno esperaba reponerse para continuar sirviendo á su causa; pero al llegar, los revolucionarios, entusiasmados por los triunfos de Mosquera en el Cauca, entraron á esa población y mataron á algunos de los sobrevivientes de la flotilla y á otros los hicieron prisioneros. TORRES hubiera sido despedazado á machetazos por los negros, famosos por sus crueldades, á no haberlo evitado el noble caballero doctor Ricardo Becerra quien, exponiendo su vida, se interpuso y lo salvó. Probablemente en ausencia del doctor Becerra, fue reducido á prisión primero en un cuartel y luego en la cárcel de la ciudad, en donde sufrió hambres, soledad, calabozo, grillos, y para colmo de sus desdichas, fue condenado al último suplicio por Mosquera, si se confirmaban los asesinatos de los presos en Bogotá el 7 de Marzo de 1861. Un individuo á quien TORRES había salvado la vida y á quien hizo muchos servicios, tomó grande empeño en que su benefactor fuera pasado por las armas, sin esperar

la confirmación de aquellos asesinatos; pero las nobles y caritativas matronas de Ocaña impidieron que se consumara semejante atrocidad, diciendo públicamente: "Si para evitar el fusilamiento del Coronel TORRES es necesario que nos interpongamos entre la escolta y él, así lo haremos." Esta actitud heroica impuso al enemigo gratuito, quien aplazó la ejecución para tiempo más propicio á sus miras.

Muy triste era la situación de TORRES: encerrado en un calabozo, con el martirio de los grillos, con un patíbulo levantado por las pasiones políticas delante de sus ojos, esperando de día y de noche la orden fatal de Mosquera para ser sacrificado, lejos de sus hijos cuya suerte ignoraba, y á quienes quizá ya nunca volvería á estrechar entre sus brazos, ¡cuántas veces pediría al Señor que acelerara el cumplimiento de la sentencia, que debía terminar de una vez tantas amarguras y tanta incertidumbre! Agotado por los padecimientos y resuelto á que Mosquera decidiera pronto de su suerte, resolvió escribirle pidiéndole que lo hiciera llevar á Bogotá, le permitiera ver á su familia, y después que hiciera con él lo que á bien tuviera. Mosquera le contestó accediendo á sus deseos, pero ordenándole que compareciera ante él apenas llegara. TORRES, auxiliado por las nobles matronas de Ocaña, que durante su dura prisión le proporcionaron recursos, se puso en camino, después de despedirse de aquellos ángeles que lo auxiliaron en su infortunio, y á quienes sus descendientes bendicen con todo su corazón!

Al llegar á Bogotá se dirigió inmediatamente á su hogar: tierna y conmovedora fue aquella entrevista; por las mejillas del padre y de los hijos corrían lágrimas de felicidad, al verse reunidos después de una larga ausencia, durante la cual habían padecido tantas ansias y amarguras, hasta verse reducidos los hijos casi á la miseria por el saqueo que verificaron los vencedores en su propia casa; y el padre con la espada de Mosquera sobre el cuello. Después de estos desahogos del corazón, los hijos quedaron

temblando por la suerte de su noble y desgraciado padre. Al día siguiente de su llegada, buscó á su primo hermano el doctor Fernando Conde, connotado liberal, para suplicarle que le diera parte de su llegada á Mosquera y le pidiera que le citara día para presentarse ante él. El Supremo Director le contestó que no le señalaba día ni hora, porque si llegaba á verlo lo mandarían fusilar; pero tuvo la hidalguía de darle por cárcel la ciudad y una hacienda que TORRES tenía al Oriente de Bogotá cerca de Ubaque. ¡Cuándo hubiera podido imaginar Mosquera, que estaba entonces en el pináculo de la gloria, que se habría de ver en circunstancias humillantes y adversas dentro de breve tiempo! TORRES libre, con la conciencia tranquila; Mosquera preso en el Observatorio, amenazado de ser asesinado; custodiado por sus propios copartidarios que en la madrugada del 23 de Mayo de 1867 lo habían amarrado en su propio lecho y le habían arrancado la banda tricolor y el bastón presidencial. Pero mucho menos podría imaginarse que TORRES, olvidando lo pasado, fuera entonces á visitarlo para ofrecerle sus servicios, y que al verlo Mosquera le dijera: "Coronel TORRES: usted acaba de probarme que los verdaderos amigos son los que dicen no á los que están en las prosperidades; y luego hacen lo que usted ahora en las adversidades. ¡Cuántos de éstos que tanto me adulaban, hoy me vuelven la espalda!"

Pero continuemos el hilo de nuestra narración. Poco tiempo después de haber llegado á su hacienda como confinado recibió un oficio, fechado en Funza, del Gobernador de Cundinamarca, doctor Justo Briceño, mandándole se presentara en su Despacho, lo que efectuó, previo permiso de Mosquera. Al presentarse, el Gobernador le ordenó que consignara en la Tesorería General del Estado dos mil pesos que se le habían asignado como empréstito forzoso. "Señor Gobernador, le dijo: el no pagar ese empréstito debe tener alguna pena señalada, sea la Huerta de Jaime, Bocachica, ó cualquiera otra, aplíquemela usted, porque no puedo pagar ni lo que se me exige, ni nada." El Sr. Bri-

ceño le dijo bondadosamente que le rebajaría y le daría plazo, pues él tenía una hacienda con qué pagar. “He dicho á usted la verdad, Sr. Gobernador: hace poco que llegué como prisionero de guerra, y todavía lo soy: la hacienda no es mía sino de mis hijos, como lo puedo comprobar; no puedo trabajar, porque para eso se necesita capital, y hoy nadie da dinero prestado.” Las razones expuestas tuvieron peso en el ánimo del doctor Briceño, quien le dio un plazo indefinido, y lo dejó partir tranquilamente, después de haberse ganado un leal amigo.

A principios de 1864 terminó la larga y desastrosa guerra, y aunque con cierta intranquilidad, empezaron los vencidos á trabajar para obtener con el sudor de su frente el sustento diario para las familias. Los honrados campesinos se dedicaban á sus labores con ahinco; pero al considerar que sus graneros y sus ganados serían despojados en alguna nueva guerra, soltaban sus herramientas, y se cruzaban de brazos, tristes y desalentados. TORRES, que había perdido su fortuna ya en servicio de la Patria, ya en el saqueo que se verificó en su casa en los días 18 y 19 de Julio de 1861, no tenía recursos para preparar los terrenos de la hacienda, que estaba cubierta de malezas y matorrales, sin zanjas ni vallas, sin ganados, tuvo que, con sus hijos, entregarse personalmente á las faenas campestres. Aquella posesión queda al Oriente del Páramo de Cruzverde (una parte en clima frío y otra en clima templado). La casa campestre pronto se vio rodeada de sementeras y de praderas cubiertas de ganados: aquí corría un arroyo cristalino y fresco que atravesaba el camino: allí se oía el estruendo del río Ubaque, cuya corriente, saltando sobre pedrones, caía en forma de melenas erizadas sobre remansos que se cubren de espuma. Aquella hacienda vino á ser el encanto de las familias bogotanas que pasaban por allí de tránsito para Ubaque, lugar de recreo, á donde iban á disfrutar del agradable clima, de los baños fortificantes del río, y de los paseos á las estancias circunvecinas, habitadas por campesinos hospitalarios y laboriosos. ¡Cuántas fami-

lias sorprendidas en el páramo por helados temporales, llegaron entumecidas y moribundas á la casa de TORRES, en donde hallaron recursos, abrigo y atenciones delicadas, hasta quedar en posibilidad de continuar su marcha!

En medio de sus tranquilas labores, no se olvidaba de su querida Patria, cuya suerte le tenía siempre preocupado, y acometió con entusiasmo varias empresas: la refeción del templo de Ubaque, que amenazaba ruina; el fomento de la instrucción primaria, que hacía tiempo estaba muy abandonada, y por la cual siempre trabajó con grande interés; el adelanto moral y material de aquella región. Siempre defendió al oprimido, enseñó al ignorante, aplacó rencillas y evitó venganzas; trabajó en que las elecciones se verificaran con el mayor orden, formalidad y pureza, lo que consiguió, por lo cual mereció que el doctor Manuel Murillo y el doctor Salvador Camacho Roldán dijera delante de varias personas: que “era de sentirse que en cada Municipio no hubiera un TORRES: que él solo había logrado implantar la verdadera República en el pueblo de su residencia, cuyo voto eleccionario era el único que se podía tomar como la genuina expresión del sufragio popular.”

Muchos le objetaban que era tiempo perdido tomar parte en las elecciones, porque si los sufragantes eran de ideas contrarias al Gobierno, se les asesinaba ó se les arrojaba á empellones de las urnas. A esto contestaba que todos debemos trabajar por que el pueblo se acostumbre á usar de este derecho, que es la piedra angular sobre que está fundada la verdadera República; y que entre los partidarios del Gobierno había algunos hombres menos intransigentes por los cuales se debía votar. Esta conducta le atrajo las simpatías de algunos liberales que dijeron: “Tiene razón el doctor TORRES; pues si todos fuéramos honrados, todos votaríamos por los honrados sin tener en cuenta el color político.”

Con votos liberales y conservadores fue nombrado Diputado á la Asamblea de Cundinamarca, en la cual sostu-

vo sus principios con elocuencia, con dignidad y con hidalguía. A este propósito dijo *La Reforma* número 489: "De convicciones sinceras, era tolerante con las ajenas y jamás se le oyó acriminar á sus contrarios con injusticia y con pasión. Desempeñó altas funciones civiles, dejando el grato recuerdo de su presencia, y la moral, disciplina compañera de todos sus actos públicos y privados."

Y *El Comercio*, número 912, dijo: "TUVO (TORRES) otro rasgo que distinguió su genio: en todas las situaciones en que se encontró combatió el error, aunque con lenguaje suave y persuasivo, pero lo combatió siempre, porque la tolerancia concedida al error, acaso es un principio de complicidad disfrazada."

Después de haber tenido por cárcel la ciudad y su hacienda, no tuvo otras persecuciones y sufrimientos que los anexos al estado de guerra, como el paso de tropas amigas y enemigas por sus campos, las cuales siempre merodean; y las consiguientes zozobras que esto produce.

Ya hemos visto cómo en su vida privada fue siempre católico sincero, buen ciudadano, abnegado patriota, benévolo y caritativo, y siempre cumplido caballero... Los productos de la hacienda nunca le permitieron disfrutar de las holguras que proporciona la riqueza, pues apenas eran suficientes para llevar una vida acomodada; pero esto no le impedía atender á las personas que llegaban á su puerta, á quienes servía con gusto en cuanto podía; pues era fervoroso amigo y en extremo sociable, y sobre todo, caritativo. Muchos no le agradecían sus sacrificios como siempre sucede, pero no lo tenía jamás en cuenta, pues si un ingrato volvía, siempre lo recibía con los brazos abiertos.

En aquel apacible retiro vivió dieciocho años, en donde, en los ratos de ocio que le dejaban las labores del campo, y sobre todo en el tiempo de lluvias que tan frecuentes son en la Cordillera, se dedicaba á pintar, distracción á que era muy aficionado, lo mismo que á escribir poesías. Aunque á decir verdad, era más dedicado á la poesía, la cual empezó á cultivar en sus años juveniles, sobre todo en los

tiempos en que con su tierna y espiritual esposa paseaba en la hacienda de *Prado*, situada en la Sabana, propiedad de sus suegros. Allí disfrutaba de la amena y docta conversación de los Sres. Manuel I. Narváez, Rafael Rivas, Francisco Valerio y Carlos Miguel Barriga; Andrés, Manuel María y Juan Antonio Pardo, Manuel Ancizar, José María Samper, el venerable D. José Manuel Groot, el literato español José María Gutiérrez de Alba, etc.

En el año de 1880, ya anciano, habiendo enfermado una de sus hijas, emprendió viaje á Bogotá con todos los suyos, habiendo dado en arrendamiento la hacienda, en donde había pasado años felices y á la cual no debía volver jamás; al alejar la vista de aquellos sitios tan queridos dijo, agudados los ojos: "Dios nos la dio, Dios nos la quitó. ¡Hágase su santa voluntad!"

En Bogotá pasó los últimos cinco años de su vida, consagrado á la lectura, á sus amigos y á la caridad, sin dejar de trabajar por su Patria, cuya suerte siempre lo preocupaba, ni de practicar su religión. Jamás hizo alarde de su cuna ni de su talento, de su ilustración ni de su valor. De una cosa sí hizo siempre gala: de ser católico. Muchas veces llevó públicamente sobre sus hombros, con la cabeza descubierta, las andas de la Virgen ó de Jesucristo, sin temor á las burlas y á los desprecios.

En el quinto año, su salud padeció gran quebranto, y comprendiendo su último fin, se preparó como cristiano á la muerte y la vio venir tranquilamente. El había confesado á Jesucristo delante de los hombres, Jesucristo lo confesaría delante de su Padre. Rodeado de sus hijos alzó el vuelo á la eternidad el 14 de Marzo de 1885, dejándoles los altos ejemplos de las virtudes que practicó, ejemplos y virtudes que el Directorio del Partido Conservador, lamentando su muerte, recomendó como dignos de imitarse á sus conciudadanos y copartidarios. La sociedad manifestó públicamente su pena en las exequias, á las cuales concurrieron los personajes más notables. El Gobierno ordenó que

se le rindieran por el Ejército los honores que se le debían como General de la República.

¡Dichoso él que dejó tras sí los brillantes recuerdos de sus cualidades, como el sol que después de sepultarse en el ocaso, deja tras sí en las nubes el reflejo de sus resplandores.

APOLINAR TORRES

Septiembre 1.º de 1908.

## RESIGNACION

(DE LONGFELLOW)

¿De qué sirvió velar por el ganado  
Si hay una oveja sobre el polvo, fría ?  
¿De qué sirvió mi paternal cuidado  
Si hay una silla en mi mansión, vacía ?

Aún resonar se escucha por el viento  
Del triste adiós la nota gemidora ;  
Es de Raquel el lúgubre lamento  
Con que á sus hijos desolada llora.

Suframós ! Las amargas aflicciones  
No siempre vienen de esta ingrata tierra ;  
Son á veces celestes bendiciones  
Que tras sus velos el dolor encierra.

Todo es turbio á través de los cendales :  
Los cirios que tan tristes nos parecen  
Tras las nieblas del llanto, son fanales  
De antorchas que en los cielos resplandecen.

Junto á ciudad eterna respiramos ;  
Es suburbio esta vida transitoria,  
Y lo que muerte con terror llamamos  
Es la ancha puerta de la eterna gloria.

De nuestro amor la prenda idolatrada  
No está muerta. A la escuela de los cielos